



Archivo Filosófico Argentino

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Puciarelli

DETERMINACIÓN DE LOS VALORES MORALES¹

Luis Juan Guerrero

ÁMBITO DE LOS VALORES

Palabras preliminares

Hemos dicho que, según la tesis correlativista, a cada acto mental -responde una disposición objetiva especial. Debemos buscar pues los correlatos de las distintas funciones estimativas que hemos venido estudiando hasta ahora.

Pero, ante todo, debemos referirnos a la clasificación preliminar de toda teoría de los objetos, como también de toda Ontología: aquella entre las cosas mismas (objetos concretos e independientes) y las cualidades de las cosas (objetos abstractos o dependientes). En el ámbito de estas últimas hay que distinguir luego entre:

Cualidades primarias: las que pertenecen por su esencia al objeto (por ejemplo: la substancia).

Cualidades secundarias: las que tiene el objeto por referencia a otro (por ejemplo: el color).

Cualidades terciarias: las que tiene el objeto por referencia a otro objeto y a un sujeto que discierne entre ambos (por ejemplo: la igualdad).

Los valores en sí son precisamente cualidades terciarias de las cosas. Sólo podemos hablar de ellos por procedimientos indirectos, esto es por una previa referencia mental al objeto real que originalmente los contenía. (En adelante llamaremos portador del valor a ese objeto real).

Ahora hemos de estudiar los caracteres generales de los valores puros (o cualidades terciarias) y luego analizaremos — en el siguiente capítulo— las posibilidades de realización de los mismos.

¹ Publicado originalmente como: *Determinación de los valores morales*, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1983.

Lo que equivale a decir: las cosas valiosas donde estas puras cualidades se realizan.

Pero como el estudio de todas las "posibles cosas valiosas" llevaría demasiado lejos limitaremos nuestra investigación a tres aspectos de la realidad:

- 1° La concepción general de los "bienes y las personas.
- 2° Los tipos fundamentales de colectividades humanas.
- 3° Los tipos fundamentales de estructuras psíquicas.

DETERMINACIÓN DE LOS VALORES

El estudio de los valores en sí, esto es como puras cualidades de las cosas, es el tema de la Teoría de los Valores o Axiología. La cual tiene entonces que ser una ciencia eidética, pura y apriorística.

Pero podemos tomar a los valores en suposición lógica, como también en su posición ontológica. Esto da lugar a la división de nuestra disciplina en dos ramas paralelas, una Axiología pura formal y otra pura material. Si tomamos como punto de partida de la investigación en el proceso lógico del conocimiento tendremos la primera de ellas. Esto es la Teoría, no de los valores significados, sino de los actos lógicos unidos a dichos valores.

Pero ahora deseamos colocar el análisis en la esfera ontológica. En vez de juicios trataremos aquí, de disposiciones; en vez de miembros de un juicio: de objeto, esto es de valores; en vez de significados predicativos: de propiedades; en suma en vez de valoraciones: de materias valiosas o valiosidades. Así también no se busca más la verdad ni la validez de las proposiciones, sino la permanencia (o estabilidad) de las disposiciones axiológicas, el ser de los valores, etc.

Con respecto a la estructura interna de esta disciplina —que puede llamarse indistintamente Ontología axiológica Material— es necesario comenzar advirtiendo que todo criterio organizatorio debe fundarse en la materialidad de los valores.

En efecto: siendo los valores cualidades de los objetos, debemos entender bajo tal denominación a aquel grupo de esencias que nos proporcionan la determinación material de un objeto a diferencia de sus determinaciones formales.

Ahora bien en la Ontología se estudian:

- a) Las legalidades formales que corresponden a todo objeto en general.
- b) Las determinaciones formales que lo caracterizan como un objeto real y lo unen a todo lo existencial.
- c) Las esencias materiales que le confieren su particularidad específica y sobre todo que dan al objeto su contenido y plenitud.

La Axiología pertenece entonces a este último tipo de investigación ontológica.

Por eso cada valor, lejos de ser una forma pura, como los objetos matemáticos, tiene una materia peculiar, que le está esencialmente ligada, es intransferible, imposible de modificar, irreductible a determinación puramente cuantitativa y, en último análisis, indefinible. Es decir que sólo por la descripción puede ser alcanzada. Un valor ajeno a la materia —es decir formal— es imposible que exista como cualidad ontológica: sería una contradicción en sí misma. De acuerdo a este criterio la ontología axiológica posee tantos ejemplares como valores existen: cada uno es una individualidad absoluta, encerrada en sí mismo.

Debemos entonces organizar los valores según los siguientes criterios de orden material:

I. Cualidad

La primera etapa en el sentido de conectar a los valores por medio de las relaciones esenciales es dada en la bipolaridad cualitativa que los caracteriza: cada valor es positivo o negativo, lo que quiere decir que cada valor lleva implícita en sí la propiedad de llamar a vida a su opuesto. Para percatarse de ello no se necesita ningún acto cognoscitivo especial: basta con la simple y llana aprehensión estimativa, pues se trata de una conexión fundada en la esencia misma de cada valor. Por supuesto, no se trata aquí de despertar cualidades distintas, valores diferentes, sino lo diametralmente opuesto (que muchas veces no se puede expresar sino como lo meramente negativo conocido).

Valores positivos son: noble, armonioso, valiente, puro, distinguido, etc. Valores negativos son: innoble, inarmónico, cobarde, impuro, vulgar, etc.

II. Cantidad

Se dividen los valores en singulares y plurales. En la esencia de los primeros radica no tener sino una posibilidad única de realización, es decir estar conectados esencialmente a un portador determinado y único. A esta clase pertenecen sobre todo los valores vivenciales, pues cada vivencia tiene el carácter singular, peculiarísimo, irrepetible y hasta absolutamente momentáneo. Por ejemplo, cuando un investigador científico, llegado a un cierto punto en sus estudios, valora la posición objetiva que momentáneamente tiene frente a los ojos (importante para mí) el valor así realizado será individual, pasajero e irrepetible —es decir singular— pero no por ello subjetivo, pues se trata legítimamente de una cualidad contenida en la propia disposición objetiva. En cambio valores como bello, agradable, veraz, elegante, etc., son plurales, pues, admiten una pluralidad de realizaciones.

III. Relación

Se dividen los valores en propios y consecutivos, según que mantengan carácter valioso independientemente de todos los demás valores o que en su esencia se encuentre implícita la referencia a otros valores, sin los cuales cesarían a su vez de valer. A estos últimos pertenecen sobre todo los valores instrumentales que, ayudando a realizar un determinado valor, poseen una cualidad valiosa dependiente por entero del valor propio. Ejemplo clásico de valor consecutivo es lo útil, pues todo lo útil posee esta cualidad solo en relación a la producción o persistencia de las cosas en que se realizan los valores propios.

IV. Modalidad

La modalidad constituye la etapa superior en la clasificación de los valores. Pues en la cantidad y en la relación éstos se dividen recién desde el punto de vista de su realización en las cosas o personas.

Solo en la cualidad y en la modalidad encontramos típicos criterios organizatorios de los valores en sí, pues mientras en la primera se trata de una conexión elemental que une cada valor a su polo opuesto aquí nos es dada en cambio una trabazón que une esencialmente todo el reino de los valores. Además esta etapa no corresponde a los simples actos de estimación, sino a los más elevados de preferencia y repulsión. Se trata de una conexión que da simultáneamente el grado de altura y baja de cada valor, es decir que lo que une hacia arriba y hacia abajo, que lo traba con valores superiores e inferiores.

La esfera de los valores no es pues una superficie, como la científico-natural, sino una pirámide. Sus objetos no son equivalentes, sino jerárquicos. Y junto con las categorías de "inferioridad" y "superioridad" están determinados por las de "parcialidad" y "totalidad". Un valor superior lleva al mismo tiempo implícitas en sí las cualidades de los inferiores del mismo tipo. El valor supremo es al mismo tiempo el valor total, el valor de los valores.

La modalidad ontológica nos da pues una escala de valores, una jerarquía axiológica. Por medio de los actos de preferencia o elección la podemos conocer, pero en ningún modo producir o crear. Pues no se trata de conexiones, complejos o procesos lógicos (mucho menos aun psicológicos o históricos), sino ontológicos, es decir que están fundados con inmediatez en la esencia del valor mismo, mejor dicho en su materia diferencial. Por eso tal escala es a priori e independiente de todas las variaciones y contradicciones psicológicas e históricas. Estas últimas tienen su explicación en imperfecciones subjetivas, en estados de ceguera estimativas.

Desde luego que para formular una escala de valores más o menos completa es necesaria una rica experiencia histórica psicológica, como también es verdad que toda escala expresada concretamente por un filósofo se resiente de la intromisión de un cierto número de factores subjetivos. Pero de ello no se deduce que la escala en sí sea el fruto de consideraciones históricas o subjetivas: la labor concreta de todo hombre de ciencia posee análogos inconvenientes, pero no por eso dejaremos de dudar del valor objetivo de la ciencia.

ESCALA DE VALORES

Ante todo existen tres grandes rangos de valores: vitales, espirituales y religiosos. También se les puede llamar, por su relación a la persona humana, valores subordinados, coordinados y superordinados,

I. Valores vitales

El rango de los valores vitales constituye una fauna variadísima y maravillosamente compleja. Además poco conocida y estudiada por la mala voluntad que hacia ellos han demostrado los pensadores racionalistas. Se puede decir que su carta de ciudadanía en la Filosofía sido recién la obra de Guyau y de Nietzsche.

Nosotros estimamos no sólo la vida misma, sino también la salud, la fuerza vital, el ejercicio libre y sano de las funciones vitales, etc., no sólo en nosotros mismos y en los demás hombres, sino también en toda la naturaleza (por ejemplo cuando manifestamos nuestra admiración por la "raza" de un caballo).

Pero no sólo lo corporal, sino también lo psíquico y espiritual puede ser valorado vitalmente: el desarrollo y refinamiento de la visión, audición, gusto o tacto, la llamada agudeza de espíritu, la buena atención y memoria, la energía de la voluntad, la fantasía, el talento en sus mil manifestaciones, etc.

La oposición central que domina todo este rango es la de lo noble y lo vulgar. A este valor básico podríamos darle también la denominación de los griegos: lo hábil, o la de los romanos: lo viril, cuidando de no caer en el moralismo posterior de ambos que hicieron de "arete" y de "virtus" sinónimos de lo virtuoso. Pues los valores vitales están "más allá del bien y del mal".

Dentro de ese rango existe luego una categoría especial de valores dimensionales: son los llamados agradables o hedónicos. Se trata de valores de la sensibilidad, pues están conectados con sentimientos sensibles: placer y dolor o goce y sufrimiento. Sensible como tales son los más reducidos y los más pasajeros de todos los valores:

radica en su esencia que no puedan perseverar a través del tiempo. Por ejemplo lo agradable en la dulzura de un terrón de azúcar puede ser sólo gozado por mí. en el momento de poseer ese terrón. Son los valores que más desunen. a los hombres, porque cada uno necesita poseer la cosa estimada para gozar. Pero son también los valores más universales, pues pertenecen a todo ser dotado de organización sensible.

Pero en rigor de verdad los valores agradables no necesitan ser puramente sensibles, pues pueden tener un contenido francamente espiritual aunque considerado siempre desde el punto de vista de vitalidad. En efecto: por encima del placer de la comida, de la bebida, de las funciones sexuales, etc., se levantan los goces y sufrimientos del meditar, del amar, del añorar, del perdonar, del curiosear, del adorar, del crear, etc., cuando en vez de estar conectados a un valor espiritual representan el libre ejercicio de nuestra primigenia vitalidad.

A nuestro rango de valores vitales acompañan también categorías propias de valores instrumentales. En efecto: tenemos por una parte los valores útiles (cuya categoría comprende todo lo de orden económico) y por otra los valores de bienestar o prosperidad pues el auspicio, el desarrollo y la elevación de la prosperidad es sólo valioso con relación al valor propio de la vida.

Vemos ahora que errónea es la opinión de los que colocan e el fondo de la escala a los valores agradables (Scheler) o a los útiles (Ortega), pues ambos no constituyen sino categorías especiales de los vitales: los primeros como vivencias y los segundos como instrumentos de la vitalidad.

II. Valores espirituales

El rango de los valores espirituales comprende tres especies coordinadas entre sí: los valores lógicos o cognoscitivos, los éticos o morales y los estéticos o artísticos.

Es indudable que por estos valores espirituales es necesario sacrificar a los vitales. Por eso son jerárquicamente superiores.

También aquí encontramos valores vivenciales propios: son los de alegría y pena espiritual, que surgen de la elaboración o transformación de los productos del espíritu y que se diferencian netamente de los valores de diversión, festividad o júbilo vital.

Finalmente tenemos también aquí una clase especial de valores instrumentales: son los llamados valores culturales, que se realizan en las distintas obras de la cultura (tesoros artísticos, instituciones científicas, organizaciones políticas, etc.) y que sólo valen por los valores espirituales propios que ayudan a realizar y por supuesto sólo en la medida en que éstos se realizan.

Vemos aquí que erróneo es el criterio corriente de considerar a los valores culturales como los de carácter básico dentro de la esfera espiritual (por ejemplo en Wundt o en Rickert). Tanto como el criterio de Bentham al fundamentar todos los vitales en los de utilidad. Pues se advierte, ni aquí ni allá, que los valores consecutivos solo valen por referencia a la realización de los valores propios. Así se ha llegado engendrar por una parte el utilitarismo, pecado de los ingleses, y por el culturalismo, pecado de los alemanes.

III. Valores religiosos

El orden más elevado del reino valorativo está constituido por los valores religiosos que se agrupan alrededor del valor central de la santidad, el valor de los valores, la perfección valorativa absoluta, el "summum bonum".

Es indudable que no se trata aquí de una suma o combinación de los valores espirituales, sino de una especie absolutamente originaria, imposible de deducir o de

traducir a otras y por la cual sacrificamos no sólo los valores vitales, sino también los espirituales.

Este rango posee también sus valores vivenciales propios: son los de beatitud, independientes ya de todo goce vital y de toda alegría espiritual, pero no por eso menos singulares, personalísimos y momentáneos. Descripciones clásicas encontramos en todas las grandes obras místicas.

Finalmente también aquí encontramos valores instrumentales: son los valores simbólicos religiosos, como cuando consideramos "sagrado a ciertos objetos y cosas, que indudablemente sólo son valiosos por su relación con una esencial persona santa.

Como hemos visto, cada especie contiene un valor básico, un. serie indefinida de ejemplares y diversos valores vivenciales e instrumentales. Para cada uno existe también un tipo especial de acto cognoscitivo (dentro de los actos de estimación, propios a todos los valores), una ordenación jerárquica de los sentimientos, que corre paralela a la jerarquía de los valores mismos, y finalmente un tipo propio de reacciones de respuesta por parte del sujeto.